

El predocumento de Santo Domingo

La realidad social

Wagner Suárez

El Documento preparatorio dedica la segunda parte de su contenido a presentar la realidad social latinoamericana. Desarrolla tres núcleos principales. Los dos primeros describen los aspectos económicos y sociopolíticos que son el objeto principal de este trabajo. El tercero, centrado en la problemática cultural, también será motivo, dada su importancia, de un artículo especial incluido en este número de SIC.

Hemos comentado en otras oportunidades que un problema serio que presenta esta parte segunda es haber fraccionado la realidad social en tres instancias (económica, socio-política propiamente dicha y cultural) que pueden resultar inconexas entre sí (1). Se pierde el sentido de globalidad y no se destacan suficientemente las implicaciones mutuas que deberían resaltarse entre ellas. Por otra parte, lo cultural, que define una parte central del tema que se propone para la IV Conferencia Latinoamericana ("Una nueva Evangelización para una nueva cultura") resulta parcelado y desvaído. Pero no obstante esta notoria limitación es posible hacer una reflexión más pormenorizada de esas instancias. Comentaremos en este artículo los aspectos más importantes, según nuestro criterio, propuestos en el esquema original del Documento.

I. LA CRISIS DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS DE AMÉRICA LATINA

1.1. América Latina entre 1950-1980

Hay que reconocer, no obstante las diferencias en cuanto al desarrollo entre los países latinoamericanos, que estas tres décadas han supuesto un importante impulso económico en nuestro continente. De hecho, el crecimiento global de América Latina y el Caribe estuvo por encima del promedio de crecimiento de la economía mundial (2). Pero a la vez es importante destacar que ese crecimiento estuvo acompañado de profundos dese-

quilibrios estructurales, que hoy continuamos padeciendo; y que produjeron grados elevados de conflictividad social.

A partir de 1950 una serie de factores coyunturales favorecieron el desarrollo económico latinoamericano. Por ejemplo, la segunda guerra mundial, que empeñó en su concurso a los países más desarrollados, contribuyó al crecimiento industrial de nuestro continente. Estados Unidos y Europa se volcaron hacia América Latina buscando los productos que la guerra les impedía producir. La situación era óptima pues implicaba un aumento de las exportaciones, la expansión del mercado interno y un nivel de competencia limitada con los países desarrollados en beneficio de los países latinoamericanos. En esas circunstancias se pasó al modelo de "Industrialización por sustitución de importaciones" suplantando el modelo exportador tradicional donde había quedado insertada Latinoamérica en la economía mundial como aportadora de materia prima. Se tenía la impresión de que definitivamente se había tomado una ruta que objetivamente nos iba a sacar del estancamiento y conducir al desarrollo.

En términos generales puede reconocerse, como indicadores positivos de crecimiento, que, durante estas tres décadas, basadas en el modelo sustitutivo de importaciones, se incrementaron las exportaciones básicas y manufactureras; esto como es obvio implicó la modernización de la industria manufacturera y también de la agroindustria, permitió cierta acumulación de capitales, desarrollo de infraestructuras, etc; también hubo un considerable crecimiento demográfico, disminución del analfabetismo e incremento de la educación. Paradójicamente, este importante repunte de nuestras economías, se dio bajo la sombra de dictaduras militares. Todavía se podría enumerar una serie de indicadores positivos de esta casi sostenida expansión de las economías latinoamericanas, pero para darnos una idea de ese importante impulso baste

los aquí mencionados.

El punto central está en que a la vez se producen una serie de desajustes sociales que revelaron los límites del crecimiento del modelo adoptado. Por ejemplo, el modelo de industrialización, sustento del crecimiento económico, fue incapaz de quebrantar los niveles de dependencia tecnológica; al contrario, al ser copia y adopción de tecnologías de países desarrollados fue incapaz de absorber mano de obra generando serios problemas en ese sentido. No se produjo la cantidad suficiente de bienes de capital; no se pudo articular la industria con la agricultura; fracasaron los intentos de integración latinoamericana sobre todo en el área económica; los sectores capitalistas industriales no fueron capaces de comportarse a la altura para impulsar el desarrollo deseado y buscaron, más bien, la protección del Estado. El crecimiento demográfico acarreó graves problemas (efecto contrario a los países desarrollados), y contribuyó a la tugurización de las grandes ciudades con los problemas subsecuentes que ello conlleva. El ingreso se concentró enormemente generando una minoría opulenta, poco propensa a favorecer el desarrollo nacional, y una mayoría empobrecida sin capacidad para incrementar el mercado interno. Pero sobre todo, puede decirse con bastante acierto que en los límites de este modelo, en los desajustes que generó, están las raíces del problema de la deuda externa que en la actualidad agobia las economías de los países latinoamericanos.

El Documento preparatorio a la IV Conferencia de Santo Domingo recoge, y profundiza, estas impresiones generales. Salvo algunas omisiones menores, por ejemplo, poco se dice de la educación, su crecimiento y las implicaciones de su masificación, el conjunto de los indicadores resultan apropiados para hacer un diagnóstico de la realidad económica durante esas tres décadas. Si sería recomendable enfatizar, algo más, que el problema de la deuda externa, tan decisivo hoy, evidenció la crisis de un modelo de crecimiento asumido y limitado a los parámetros del modelo capitalista.

1.2. La situación actual: la década del 80.

La década de los 80 hasta nuestros días registró un franco retroceso en el campo económico y social. Todos los indicadores en los diferentes sectores, salvo algunos tímidos progresos, muestran un grave estancamiento y hasta retroceso. Esta alarmante situación ha llevado a la CEPAL a definir este período como una década perdida o período de

aprendizaje doloroso (3). Para ilustrar con algunos datos esta dolorosa realidad, se calcula que en Latinoamérica y el Caribe 150 millones de habitantes, el 36% de la población, vive en pobreza crítica (4) El dato resulta ciertamente parco. La realidad supera en mucho esta información. Por ejemplo, si añadimos, además, los indicadores referidos al fenómeno de la tugurización, tendremos una noción más clara de las dimensiones del problema. Se calcula que el 42% de la población vive en tugurios en Caracas, el 40% en Lima, el 46 en Ciudad de México, el 50% en Buenos Aires, el 60% en Bogotá, el 70% en Río de Janeiro, etc. (5). Hemos de decir que lamentablemente, también en esta ocasión, los datos quedan cortos y necesitan ser actualizados. La realidad es aún peor. El incremento de la miseria, de la tugurización, del desempleo, del deterioro de la salud, etc... ha sido alarmante.

El problema de la deuda externa es clave para entender el estancamiento y retroceso en que nos encontramos sumidos. Ella ha servido, como mencionamos anteriormente, para evidenciar el agotamiento del modelo de crecimiento asumido en América Latina. Los gobiernos latinoamericanos necesitaron dinero fresco para mantener los niveles de crecimiento de las décadas precedentes y encontraron en los préstamos internacionales y la banca mundial el recurso fácil. Hay que señalar la irresponsabilidad de la Banca Internacional al otorgar dinero fácil, a bajo interés y sin mayores precauciones para después cambiar las reglas del juego aumentando los intereses y maniobrando con políticas monetarias que les eran propicias. Pero también hay que destacar la irresponsabilidad de los gobiernos locales en la petición de préstamos, en su mala administración y hasta despilfarro. La crisis de la llamada deuda externa se hizo especialmente notoria a partir de 1982 cuando México declaró una moratoria unilateral ante la imposibilidad de cumplir con el pago exigido por los acreedores. A partir de entonces se han sucedido una serie de posiciones -la de Perú ha sido la más disonante- que coinciden, para beneficio de la Banca Internacional, en la necesidad de renegociar la deuda individualmente según las condiciones de cada país.

En esas circunstancias, bajo el peso de la deuda externa, América Latina se ha convertido en un continente exportador de capitales. Al respecto los datos son escalofriantes. Según las estadísticas de la CEPAL (6) América Latina pagó 340.000 millones de dólares entre 1980 y 1987 para un monto inicial conjunto de deuda calculado en 243.000 millones para 1980. Sin embargo, no obstante haber desem-

bolsado tan enorme cantidad por servicio de la deuda, ésta creció de 243.000 millones a 443.000 millones para 1987. Es imposible pensar en la posibilidad de un crecimiento autónomo y sostenido mientras no se modifique sustancialmente esta situación. México y Venezuela, de acuerdo al famoso plan Brady, han logrado importantes acuerdos con los acreedores que alivian momentáneamente la situación pero que no la solucionan. De hecho, de poco serviría reducir la carga de la deuda externa y reanimar posibilidades de crecimiento (política neoliberal) si no se producen replanteamientos de fondo, bastante profundos, en las estrategias de desarrollo. Esa posibilidad parece, en la actualidad, inviable.

El Documento preparatorio a la Conferencia de Santo Domingo también recoge, en su conjunto, estas preocupaciones. Las esperanzas de desarrollo percibidas en las tres décadas precedentes estarían hoy truncadas. La crisis se ha agravado y el horizonte, de seguir en la misma dinámica, es sombrío. La **Solicitud Rei Socialis** apunta en esa dirección y el mismo Documento de Santo Domingo se coloca en esa línea. No se trata de una exagerada visión negativa, como algunos críticos de los últimos Documentos Pontificios han querido destacar. Ciertamente las perspectivas y esperanzas de cara al futuro son poco halagadoras y cualquier intento de recuperación debe partir del reconocimiento de ese hecho.

1.3. Las perspectivas

Siempre he creído que aventurarse en el terreno de las previsiones puede resultar una tarea delicada, con el riesgo de ser superado por la cambiante e inasible realidad, a menos que esa previsión sea el resultado de una verdadera prognosis social; es decir, que se trate de desentrañar las perspectivas futuras a partir de las tendencias actualmente manifiestas en la sociedad y que indicarían la dirección futura; por ejemplo, a través del alcance e incidencia social de las políticas económicas que se están implementando. En ese sentido, sin ánimo de ser profeta del desastre, las perspectivas económicas, y sus implicaciones sociales, parecen poco alentadoras. Sobre todo porque da la impresión de que la crisis que atravesamos no es sólo coyuntural, y por lo tanto, fácilmente superable con políticas de ajuste económico de corte neoliberal. La crisis es más profunda. Se remite al modelo de crecimiento económico asumido por América Latina desde 1950. En los actuales momentos, si no se adopta un camino acertado, con replanteamientos sustanti-

vamente distintos a los asumidos hasta el presente, posiblemente se puede llegar a comprometer aún más el futuro de nuestro continente.

Pero volvamos sobre un aspecto que resulta crucial. Una serie de factores parecen indicar que las políticas de ajuste económico emprendidas por la mayoría de los países latinoamericanos bajo la recomendación y vigilancia del **Fondo Monetario Internacional** y apoyadas en la concepción neoliberal, aún en el caso de tener relativo éxito económico, no lograrán resolver los viejos y atávicos desajustes sociales que arrastra el modelo de desarrollo anterior. Más bien parecería que, algunos problemas casi crónicos de nuestra estructura social, se profundizarían. Por ejemplo, el dualismo estructural típico de nuestras sociedades, que para algunos autores (7) es una de las causas principales que explica nuestro subdesarrollo, quizás se acentuaría. En esa misma línea todo indicaría que la distribución del ingreso será más desigual reforzando la brecha ya existente entre ricos y pobres. De igual forma una disminución del papel del Estado en la dinámica del desarrollo en sociedades como las nuestras, marcadas por profundos desajustes, no resulta del todo aconsejable.

Por otro lado las actuales políticas económicas hacen especial énfasis en la importancia de los factores externos para el desarrollo económico. En ese sentido se le da gran importancia a la política de exportaciones. Pero resulta que el estímulo a las exportaciones parece no tener muchas perspectivas de momento y esto por varias razones. Entre las más importantes está que la recuperación de las economías de los países desarrollados es lenta, que nuestra capacidad competitiva no está a la altura de la de otros países y que la tendencia de los países desarrollados apunta más bien a un intercambio comercial Norte-Norte.

El Documento preparatorio a Santo Domingo coincide sustancialmente con este diagnóstico. Después de asentar el principio de que el desafío económico principal para el futuro de América Latina es dar respuesta efectiva y satisfactoria a los sectores mayoritarios (n. 239), añade: "Continuar por el camino que se ha venido recorriendo y con los modelos económicos hasta ahora empleados, no puede conducir sino hacia la hecatombe económica, política y social. Las actuales diferencias económicas y sociales no son sostenibles ni pueden serlo porque atentan contra la dignidad humana, contra la justicia y la paz" (n.240). Además, expresamente advierte contra los modelos "desarrollistas y neoliberales" (n.241) causantes de los más importantes desajustes



sociales en nuestro continente: Indudablemente es recomendable que el Documento mantenga esta línea, y, a ser posible, la profundice aún más dada la importancia decisiva que tiene para América Latina.

II. ELEMENTOS SIGNIFICATIVOS Y TENDENCIAS PRINCIPALES EN LA REALIDAD SOCIOPOLITICA DE LATINOAMERICA

El Documento parte de la percepción de que América Latina es una realidad **desintegrada** tanto a nivel internacional como nacional. La tendencia hacia la integración observada en el campo mundial (Europa y Estados Unidos, principalmente) no ha motivado lo suficiente a nuestro continente para iniciarlo también en ese proceso. Ha faltado, según el Documento, voluntad política y una percepción clara de sus beneficios (n.262). No analiza, sin embargo, las causas profundas que han impedido ese proceso de integración, pero señala con acierto, la necesidad de este proceso. Sin duda, dado el panorama mundial, la integración latinoamericana resulta una tarea prioritaria para lograr el desarrollo. Se han comenzado a dar algunos pasos al respecto. Recientemente Argentina y Brasil anunciaron el comienzo de un proceso de integración económica que deberá rendir frutos a partir de

1995. Sin obviar las dificultades objetivas para lograr importantes acuerdos hacia la integración -como las diferencias en el desarrollo entre los países, por ejemplo- importante y urgente acelerar los pasos en este proceso.

Pero la desintegración es también de orden nacional. La crisis socio-política y económica que atraviesan la mayoría de los países de este joven continente ha aumentado el flujo migratorio internacional. Más de 30 millones de latinoamericanos (8) se han visto en la necesidad de emigrar a otros países buscando mejores condiciones de vida o por persecuciones políticas. Esta situación es especialmente angustiante en países como Perú, por ejemplo, azotado por una crisis económica terrible que ha generado un proceso político violento que amenaza seriamente a toda la población. Europa y Estados Unidos han cerrado casi herméticamente sus puertas lo cual quiere decir, para bien o para mal, que tendremos que cargar nosotros mismos con las consecuencias de esta pobreza.

La problemática de los **Derechos Humanos** ha cobrado dimensiones dramáticas. En nuestros países están comprometidas la vida y la integridad personal por la muerte y la tortura (9). En el futuro, posiblemente, se incrementará la violencia por causa de la pobreza y desigualdades sociales. La naturaleza de la violencia

es de toda índole. Aumentan los grupos guerrilleros, grupos paramilitares, escuadrones de la muerte, grupos armados vinculados al narcotráfico, etc... Todo revela un proceso de descomposición acelerado. El mismo Documento así lo asienta: "...Estamos asistiendo a la creación de una innegable cultura de la violencia que quiebra los fundamentos de las relaciones sociales y ocasiona el irrespeto a los derechos humanos en todas sus manifestaciones" (10).

Pero justo es mencionar, también, los aspectos positivos ya que por efecto contrario va madurando la conciencia de la integración en el pueblo latinoamericano, la preocupación por la dignidad humana, la necesidad de hacer algo, y urgente, contra la pobreza; la necesidad del diálogo, etc... También el proceso democratizador observado en casi todos los países es un hecho positivo. Habrá que plantearse cuáles son las condiciones estructurales para lograr mejores condiciones de vida porque, ciertamente, con el actual modelo de desarrollo económico ese proceso de crecimiento no está garantizado, al menos no es evidente cómo se resolverá el problema de dar respuesta a las urgentes necesidades de las mayorías empobrecidas.

Hay un aspecto que es necesario mencionar con énfasis. El Documento preparatorio a la Conferencia de Santo Domingo debería denunciar claramente las responsabilidades internacionales -no sólo las externas- que han configurado la actual situación de pecado estructural. En este hecho la Iglesia latinoamericana se juega lo que entiende por **solidaridad**. Porque ser solidario, como veremos en breve, no significa conciliar las clases sociales cuando evidentemente hay responsabilidades, y culpabilidades, que causan nuestro atraso, el hambre y el dolor de tanta gente. Solidaridad significa asumir una causa, irreconciliable con otras, pero la más legítima.

2.1. La necesidad de profundizar la Democracia

El principal desafío en el campo político es profundizar la Democracia. Para ello es imprescindible lograr un amplio campo de participación ciudadana que nos proporcione la base real para superar la mera participación electoral que define a nuestras incipientes Democracias. Este proceso debería ir acompañado de una profunda Reforma del Estado. El clima es ciertamente positivo al respecto. La onda democratizadora domina también el panorama europeo y ello ayuda al proceso.

Pero hay factores muy serios que atentan contra la Democracia. No se trata de

alarmar innecesariamente y crear un clima golpista, pero sí es importante señalar que los logros alcanzados en el terreno político no son ni mucho menos definitivos. Están amenazadas hasta las Democracias más probadas, como la venezolana, aunque por ahora el petróleo siga haciendo de amortiguador de desajustes y conflictos sociales. El primer factor que atenta contra la Democracia es la profunda desigualdad social generada por el modelo de crecimiento anterior y agudizada por la crisis actual. La política neoliberal agudizará (el paquete de ajuste), sin la menor duda, la conflictividad social. Una clase media empobrecida alimenta a un potencial "proletariado ilustrado" que suele impulsar, generalmente, las situaciones de cambio social. A la larga se impondrá la necesidad de Estados represivos o regímenes militares para terminar de implantar el paquete económico. A este factor fundamental habría que añadir otro que lo complementa. Se trata de la debilidad de las sociedades civiles latinoamericanas. Sociedades así no pueden soportar un grado de conflictividad tan fuerte como el generado por el paquete de ajuste económico neoliberal. Así que volvemos a la idea con que abríamos este párrafo: la profundización de la Democracia y la Reforma del Estado son tareas urgentes si no queremos tener a la vuelta de la esquina, de nuevo, la proliferación de regímenes militares. No nos ilusionemos con la actual expansión de la onda democrática.

2.2. Hacia una sociedad orgánica

El Documento a Santo Domingo lanza la propuesta de construir una sociedad orgánica. Los fundamentos de esta sociedad deberían estar en la armonía de todas sus partes (clases sociales) para lograr el Bien Común de la entera sociedad (n.394) y en la profundización de la Democracia para reducir la brecha entre ricos y pobres, condiciones reales de una verdadera convivencia social (n.396). Es tarea de la Iglesia, según el Documento, comprometerse en esta labor integradora que tiende hacia la organicidad (n.400). Apparentemente la propuesta parece inofensiva y apetitosa. Pero veamos, aunque sea brevemente, cuál es el fundamento ideológico -como falsa conciencia o representación de ideas, es lo mismo para el caso de esta propuesta. En el campo de la sociología contamos con dos autores, A. Comte (1798-1857) y H. Spencer (1820-1903) que pueden ser englobados dentro de la concepción de los llamados **organicismos**. Según este enfoque no debe hablarse en la sociedad de antagonismos de intereses (o de clases), sino de comu-

nidad, de forma que lo realmente bueno para una parte termina siendo bueno para la totalidad. Las sociedades modernas, y la división del trabajo y de clases que ella conlleva, sería un hecho necesario y conciliable. Esta perspectiva implica, al menos, dos hechos principales: elimina o niega el carácter conflictivo y antagónico de las clases y reduce o menosprecia la problemática del cambio social. Trasladas estas implicaciones a la propuesta del Documento podemos entender mejor la intención del mismo. Lo que intenta realmente el Documento con esta propuesta es disminuir el carácter conflictivo de las clases sociales y escamotear la propuesta de cambio social que de ese conflicto emerge. De esa forma se comprende mejor qué entiende el Documento por Solidaridad e Integración: son los mecanismos necesarios para lograr la sociedad orgánica y la Iglesia tendría un papel preponderante en esta tarea. Es una perspectiva radicalmente distinta a aquella que concibe que el conflicto social es un dato de la realidad que la Iglesia debe asumir optando por una de sus partes contrapuestas.

III. CONSIDERACIONES FINALES

Creo que es oportuno alertar sobre posibles peligros que las actuales tendencias en el campo político y económico quisieran imponer. Esas tendencias podríamos calificarlas como un proyecto neoconservador en lo social y político. En el fondo los neoconservadores sociopolíticos son demócratas asustados por la lógica de la Democracia: la soberanía popular; a ser posible quisieran evitar un gobierno autoritario. Otra cosa es si la conflictividad que emerge de la crisis actual se lo impone. Por otro lado intentan cargar el costo principal de la crisis actual del capitalismo sobre los sectores económicamente más débiles y asegurar, por otra parte, la hegemonía de los actuales grupos dirigentes (formados en la dinámica del sistema capitalista aún vigente) en la **nueva civilización que se está gestando**.

Este proyecto neoconservador carece de una formulación sistemática. Más bien es como el conjunto de un sistema de ideas-fuerzas comunes a varias corrientes y pensadores hoy en boga. No hay una articulación clara entre este neoconservadurismo socio-político y las actuales tendencias neoconservadoras en la Iglesia. Y de hecho esto se refleja en el Documento que analizamos, ya que se permite ser relativamente avanzado en las propuestas socio-políticas y muy conservador en los esquemas eclesiales y en las concepciones teológicas. Sí creo que se puede decir que la ofensiva neocon-

servadora en lo socio-político demandaría de la Iglesia que adecuara su estructura eclesial, disciplina y doctrina al marco del modelo de sociedad demócrata-capitalista donde adviene la civilización del futuro. Esto sí puede propiciar el Documento porque de hecho, a pesar de que advierte contra el neoliberalismo y desarrollismo, deja intacto el proyecto económico y político del capitalismo democrático —al no proponer alternativas significativamente distintas— y se inculpa a la modernidad cultural de los problemas sociales. La Iglesia le teme a la cultura adveniente pero no cuestiona la base fundamental que la sustenta: el capitalismo democrático. También es importante señalar que el Documento reduce el análisis de las realidades sociales al diagnóstico de las patologías y los síntomas, obviando el análisis de sus causas y culpabilidades. De esa forma se deshistorizan los conflictos sociales.

El problema es que a las tendencias neoconservadoras en la Iglesia no les resulta fácil asumir el proyecto neoconservador en lo socio-político porque la crudeza de nuestra realidad latinoamericana, su grado de conflictividad, hambre y miseria, es tan palpable que ello se lo dificulta. En ese sentido ambos proyectos están en América Latina en una relación tensa. De aquí surge un gran dilema para la Iglesia latinoamericana en la cita de Santo Domingo: ser fiel al dolor de todo un continente que demanda alternativas sustantivamente distintas, y en consecuencia un papel de la Iglesia cónsono con esas alternativas, o rendirse ante las demandas del neoconservadurismo socio-político.

NOTAS

- (1) Cfr. SIC, 526, pp. 276-278.
- (2) Ver n. 153 del Documento.
- (3) Ver el Documento recientemente presentado por la CEPAL con el título de "transformación productiva con equidad" (la tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa), Santiago de Chile, 1990, p. 11.
- (4) Los datos están tomados de un trabajo presentado por el prof. Vladimir Acosta titulado América Latina; crisis y perspectivas, Documento presentado ante la Reunión Interanual sobre Nuevas Estrategias para la Acción Operacional de la UNESCO en América Latina y el Caribe a realizarse en Caracas del 23 al 27 de abril de 1990. Mimiografiado, cfr. p. 13.
- (5) Idem.
- (6) IBID. P. 12.
- (7) Ver Helio Jaguaribe, Crisis y alternativas de América Latina: reforma o revolución, Buenos Aires 1972, Paidós, n.3, cfr. 47-78.
- (8) Cfr. n. 285 del Documento.
- (9) Cfr. n. 290.
- (10) Cfr. n. 293.